

JUAN F. MARTIN SECO

Economista. Miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO.



La huida hacia delante

LA postura del canciller alemán Helmut Kohl en Copenhague, recordando la independencia del Bundesbank y, por lo tanto, la imposibilidad de una coordinación internacional en la reducción de los tipos de interés, constituye un excelente indicador de los falsos cimientos sobre los que se ha asentado la integración europea. La economía alemana puede estar padeciendo la recesión más dura desde la II Guerra Mundial, y al mismo tiempo su Gobierno está incapacitado para actuar, porque el Bundesbank es independiente. ¿Qué ocurrirá cuando este modelo sea el vigente en toda la Comunidad Europea? En cierta medida, ¿no está funcionando ya este perverso mecanismo para muchos países miembros, al empeñarse en mantener ancladas sus monedas en el Sistema Monetario Europeo, esclavizándose a la política del Bundesbank?

EL FANTASMA DE LA RECESION.—En Copenhague, los jefes de Estado y de Gobierno se han reunido bajo el fantasma de la recesión. Hace escasos días, la Comisión había facilitado un negro informe sobre la situación económica. (A mi entender menos negro de lo que es en realidad. La Comisión está cayendo en lo que podríamos llamar el síndrome de Solchaga: prevé siempre la recuperación en el próximo año, sin que exista para ello ninguna razón aparente, puesto que no se piensa cambiar la política económica. El resultado es lógico: al poco tiempo tiene que modificar sus previsiones). El clima ha sido de preocupación, pero se da una incapacidad para articular medidas que sean realmente eficaces. Están presos en su propia trampa, rehenes del sistema que han pergeñado. Sólo la vuelta atrás y el comenzar de nuevo la construcción europea bajo otros supuestos podrán hacer viable una recuperación conjunta. De lo contrario, antes o después cada país se verá obligado a intentar solucionar sus problemas aisladamente.

Era algo que se veía venir. Algo evidente. La entrada en vigor del Acta Unica y los acuerdos de Maastricht sólo podían aportar recesión, aumentar el paro y los desequilibrios regionales y crear dificultades sin cuento en la marcha de la economía. El diseño europeo ha colocado como prioridad la estabilidad monetaria y el control de los distintos países europeos son hoy inferiores a las de otras épocas, pero, ¿con qué coste? La recesión que sufre Europa no es casual. Hunde sus raíces en las condiciones económicas generadas por el proceso de integración. El sistema monetario y la futura unión han forzado una política monetaria restrictiva, causante de las diferencias sustanciales en los tipos de interés con Estados Unidos. A su vez, las condiciones de convergencia están imponien-

do restricciones presupuestarias importantes. Se origina un círculo vicioso: cuanto mayores son los ajustes presupuestarios más se deprime la economía, pero, cuanto mayor es la recesión, mayor es el déficit y se exigen nuevos ajustes presupuestarios; y, vuelta a empezar.

Existe unanimidad sobre la urgencia en reducir los tipos de interés y, sin embargo, de Copenhague sale únicamente, sobre esta cuestión, una vaga declaración de intenciones. El Bundesbank y el sistema monetario europeo les impiden toda acción efectiva. Se ve la necesidad de incrementar sustancialmente la inversión pública y lo que se aprueba, por mucho que se pretenda airear a bombo y platillo, son nimiedades carentes de toda capacidad de impronta en la reactivación comunitaria. Es difícil encontrar una estupidez mayor que comparar los fondos estructurales y de cohesión con el Plan Marshall. En primer lugar, porque resulta absurdo relacionar magnitudes de los años 40 con las de los 90. En

expansivo relevante.

En realidad el presidente de la Comunidad y los jefes de Estado y de Gobierno no saben qué hacer, y por eso acordaron volverse a reunir y elaborar un «libro blanco» (cuando no se sabe que hacer siempre se elabora un libro blanco). Delors, pretendiendo con ello insuflar un nuevo optimismo a la economía, interpreta que en el año 1986 el Acta Unica fue la causa del auge económico. Se olvida de un detalle de gran importancia: la bajada de los precios de los crudos. Es curioso que en los años 73 y 79 todo el mundo atribuyese la crisis económica al encarecimiento de la energía, y que, sin embargo, su abaratamiento en el año 86 haya pasado sin pena ni gloria. El Acta Unica, que entró en vigor en 1993, sólo ha complicado la situación.

¿CULPABLES, LOS SALARIOS?—Pero lo más preocupante, aunque también resultaba previsible, es que ante el callejón sin salida en que se encuentran, pretendan culpabilizar a los costes laborales y a los gastos sociales de las dificultades de la economía. Si algunos fuimos críticos con Maastricht y con el proceso de integración europea era porque implicaba una dinámica que llevaría a Europa a renegar de los valores que precisamente hasta ahora la habían caracterizado. Poco a poco se están viendo las consecuencias.

Causa estupor, sin embargo, contemplar con qué ligereza se manejan las cifras y se explican los fenómenos. Sostenen que la mejor situación económica de Estados Unidos y Japón (si es que están en mejores condiciones) se debe a la distinta evolución de los costes laborales, no soporta el menor rigor estadístico. Según los datos de la propia Comisión, en su informe económico anual de 1991-1992, los costes laborales unitarios en términos reales se han reducido en la Europa de los Doce en 4,3 puntos, mientras que en Estados Unidos disminuyeron sólo dos puntos y en Japón se incrementaron en 3. Pero, es que, si además el empleo y la bonanza económica dependiesen de los costes laborales y de los gastos sociales, nuestro país debería estar en situación óptima y tener la tasa de paro más reducida de la OCDE, ya que en ese periodo los costes laborales unitarios en términos reales se han reducido en España un 13,5%.

Siempre resulta difícil comparar economías tan diversas como la europea, la americana y la japonesa, pero puestos a buscar razones convendría preguntarse si, por ejemplo, el tipo de cambio y las tasas de interés de Estados Unidos, o el proteccionismo, la integración de los trabajadores en las empresas o la menor desigualdad social del Japón, tendrán algo que ver en las —según dicen— distintas situaciones económicas.

Si el empleo y la bonanza económica dependiesen de los costes laborales y de los gastos sociales, nuestro país debería tener la tasa de empleo más baja de la OCDE

segundo lugar, porque el Plan Marshall significó para Europa una inyección neta de fondos exteriores; aquí no; aquí estamos hablando de fondos de la propia Comunidad, aspecto que se ignora con demasiada frecuencia. Los fondos del presupuesto comunitario se nutren de las aportaciones de los distintos países. Y, por último y principalmente, porque cuando uno no se llena la boca con cantidades absolutas y pluri- anuales, se percibe claramente la escasa importancia de los recursos manejados. Esos 160.000 millones de euros que se prevén entre 1994-1999 representan, en términos anuales, en el mejor de los casos, entre un 0,5% y 0,6% del PIB comunitario, magnitud a todas luces insuficiente para tener un impacto

CONTRA LA CONFUSION

¡Para hacerle un favor al Estado!

ANTONIO GARCIA TREVILJANO

EN el reino de la política, que es el sitio del poder, no gobierna la lógica ni la razón, sino los sentimientos. El Estado mismo, como instancia forzosa de la coacción, sólo puede ser bien explicado por las pasiones colectivas, de miedo y de gloria, que organiza. Sus demás funciones son puras contingencias históricas. No hay finalidad social que no pueda ser asumida o abandonada por él. Son, pues, estériles los ensayos académicos de comprenderlo a través de la naturaleza (real o ficticia) de sus fines o de la supuesta racionalidad de sus medios. El Estado «de bienestar» cumple misiones muy distintas de las que desempeñaron en su tiempo el Estado liberal, el absoluto o el estamental. Y sin embargo, todas esas diferentes formas de producir el derecho y de conservar el orden social, expresan una misma substancia estatal: la unitaria organización del poder de coacción sobre los habitantes del territorio a donde llega su soberanía. Incluso la nación, se la conciba bien o mal, como un hecho dado o como un proyecto subjetivo, no es algo consustancial al Estado. La idea de nación surge, en el preámbulo de la Revolución, como oposición al Estado, con el propósito de transformarlo en Estado nacional. Este origen opositor al poder estatal ha marcado el destino del movimiento nacionalista en todos los países que, como España, lograron la unidad territorial con anterioridad al descubrimiento del principio de soberanía nacional y del derecho de los pueblos a su libre determinación.

Antes de acercarnos a la comprensión particular de los nacionalismos catalán y vasco, antes de preguntarnos por la naturaleza histórica, económica o cultural de las causas que los mueven, debemos situarlos, como fenómenos políticos, en el campo de la lucha por el poder de controlar al Estado, en general, y al Estado de partidos, en particular. Y a poco que pensemos, nos daremos cuenta de que la madurez de los nacionalismos actuales, en comparación con los de la República, consiste en aumentar la cantidad a costa de la calidad de sus reivindicaciones. La razón de este cambio está en el carácter artificial de la contradicción que el Estado de partidos añade al contrasentido congénito que define el nacionalismo. La reivindicación nacionalista, a causa de la íntima pasión de poder que alimenta su rivalidad con el poder del Estado, brota de un contrasentido sentimental del pueblo que la padece: sentirse diferente (o superior) al resto de la comunidad estatal y querer ser igual a ella. El destino de esta pasión es tan trágico como el del amor del macho de la «mantis»: vencer es morir. Si es democrático, el nacionalismo sólo puede nacer y prosperar como oposición al Estado. Si obtiene la independencia, el joven Estado no puede ser nacionalista: ha de proteger a la minoría antes dominante. Si logra incorporarse al gobierno del viejo Estado, pierde su fuerza de movilización popular y se transforma en vulgar grupo de presión. El poder estatal es para el nacionalismo como la fuerza eléctrica para la vida. Débil y subalterno, puede tocarlo (autonómico), pero no agarrarlo (federado). Pero si es potente o principal, no puede ni rozarlo (central).

La autonomía vino, por ello, como anillo de boda al dedo de un nacionalismo joven que podía engendrar el poder regional de oposición al poder del Estado liberal. Su carácter defensivo y, en este sentido, liberador, fue el secreto de fidelidad de las autonomías catalana y vasca a la República y a sí mismas. Pero en la Monarquía del Estado de partidos, estas mismas autonomías están condenadas a la infidelidad y a la impotencia, a causa de esa nueva contradicción que no procede del confuso sentimiento nacionalista, sino del claro oportunismo político de su clase dirigente. Sin haber alcanzado el poder «en» el Estado, ni un poder autonómico diferenciado, el nacionalismo de oposición al poder «del» Estado de partidos está canalizado, paradójicamente, por partidos estatales financiados por el Estado. Tan artificial contradicción no puede renovar las fuentes sentimentales donde bebe el nacionalismo popular. En su defecto, la clase política nacionalista convierte las autonomías en un negocio absorbente que sacia la sed de poder diferenciador, ora en el pozo de los amagos de infidelidad al compromiso constitucional del Estado de partidos, ora en la ofensiva colaboración imperialista que ofrece a sus socios en el gobierno ¡para hacerle un favor al Estado de partidos!